

# 28

Fecha de presentación: julio, 2024  
Fecha de aceptación: noviembre, 2024  
Fecha de publicación: diciembre, 2024

## EL CONTEXTO

DEL PRE VATICANO II: UNA MIRADA SOCIO HISTÓRICA AL CATOLICISMO EN CHILE 1930-1960

### THE CONTEXT OF PRE-VATICAN II: A SOCIOHISTORICAL LOOK AT CATHOLICISM IN CHILE 1930-1960

Luis Orellana-Urtubia <sup>1\*</sup>

E-mail: [luis\\_ubl@yahoo.com](mailto:luis_ubl@yahoo.com)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7411-2126>

Claudio Colombo Fuenzalida <sup>2</sup>

E-mail: [ccolombo@santotomas.cl](mailto:ccolombo@santotomas.cl)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5025-4875>

<sup>1</sup>Universidad Arturo Prat. Chile.

<sup>2</sup>Universidad Santo Tomas. Chile.

\*Autor para correspondencia

#### Cita sugerida (APA, séptima edición)

Orellana-Urtubia, L. & Colombo Fuenzalida, C. (2024). El contexto del pre Vaticano II: Una mirada socio histórica al catolicismo en Chile 1930-1960. *Universidad y Sociedad* 16 (S2). 253-261.

#### RESUMEN

El presente artículo focaliza su atención en los cambios y transformaciones al interior de la Iglesia católica entre los años 1930 y 1960 considerado como un periodo conservador. Este sector del mundo católico se vio confrontado por los nuevos rumbos progresistas emprendidos por la Iglesia y la modernización de la sociedad, fundamentalmente en el contexto previo al Concilio Vaticano II. El análisis se plantea como un recorrido histórico y exploratorio de los cambios y transformaciones que advirtió el mundo católico previo al Vaticano II. Las principales fuentes consultadas corresponden al historiador y teólogo Maximiliano Salinas, Padre Alberto Hurtado y como texto secundarios bibliografía especializada sobre el tema que recogen los hechos más importantes.

**Palabras clave:** Iglesia Católica, Conservadurismo, Secularismo, Modernización.

#### ABSTRACT

This article focuses on the changes and transformations within the Catholic Church between the years 1930 and 1960, considered a conservative period. This sector of the Catholic world was confronted by the new progressive directions taken by the Church and the modernization of society, mainly in the context prior to the Second Vatican Council. The analysis is presented as a historical and exploratory journey of the changes and transformations that the Catholic world noticed prior to Vatican II. The main sources consulted correspond to the historian and theologian Maximiliano Salinas, Father Alberto Hurtado, and as secondary texts, specialized bibliography on the subject that collect the most important facts. Keywords: Catholic Church, conservatism, secularism, modernization

**Keywords:** Catholic Church, Conservatism, Secularism, Modernization.

## INTRODUCCIÓN

El presente artículo busca examinar los cambios y transformaciones de la Iglesia católica chilena entre las décadas del 1930 y 1960. Usualmente relacionadas a un sector conservador, los cuales se ven complicados por los diferentes enfoques socioreligiosos nacidos en torno a los nuevos caminos iniciados por la Iglesia en el contexto previo del Vaticano II. La iglesia católica, como religión dominante desde el periodo de la Colonia en 1910 y a un siglo de la formación de la República se auto concebía en una evolución y progreso continuo de éxitos. Estas conquistas, en opinión de sus apologistas se debe a la pureza de la raza española de sus obispos. No obstante, ya a finales del siglo XIX en Chile se consigna un enfrentamiento que se fraguaba a medida que el ultramontanismo levantaba obstáculos a la construcción de un orden estatal laico, y el país afrontaba una realidad que requería el acomodamiento de sus instituciones a las solicitudes de una sociedad cada vez más plural y exigente. Ante la amenaza del estado liberal la Iglesia Católica pretende diseñar un nuevo tipo de cristiandad mediante un pacto con la clase oligárquica del país; pese a conflictos y tensiones entre ellos desde las dos últimas décadas del siglo XIX y hasta la crisis de los años 30. Un reducido número de familias de la oligarquía chilena tiene el control de la Iglesia Católica. En este sector estaban representados el poder minero, agrario y financiero; todos ellos emparentados entre sí constituyen, en ese entonces, el poder eclesiástico; representado en el alto clero, y por ende en su relación con el Estado y el Vaticano (Salinas, 1987, p. 191). El apoyo tácito al derrocamiento del presidente Balmaceda en 1891 y el pacto político con el presidente liberal Arturo Alessandri para hacer posible una nueva Constitución Política en 1925 (que contempla la separación Iglesia del Estado) muestra a una Iglesia Católica que acompaña permanentemente los requerimientos y vicisitudes de la dominación oligárquica. Asimismo, estuvo muy lejos de los obreros y del bajo pueblo. No solo la presencia de una sociedad más ideologizada y liberal, sino también el auge del positivismo laico, de la masonería y del protestantismo acechaba la ciudad católica. Además, la irrupción de la llamada cuestión social<sup>1</sup> fue un fenómeno

1 La Cuestión Social, queda definido como los problemas que las clases populares en los países occidentales enfrentaron debido a la industrialización al final del siglo XIX, lo cual causó un cambio en la percepción del papel que el Estado debería desempeñar para resolver los conflictos entre empleadores y trabajadores. Por tanto, busco implementar normativas sociales que marcaron el inicio de la intervención del gobierno en un área que previamente no se había considerado importante en la esfera pública: lo relativo a lo social. Las sugerencias de soluciones provinieron de todas las corrientes políticas. Las oligarquías de la región observaban cómo los recientes grupos socialistas proponían respuestas extremas que no solo otorgaban mayor autoridad

no que interpela a las clases dirigentes chilenas y plantea desafíos al mensaje católico (Hurtado, 1941).

Esto lleva a los sectores populares católicos a vivir su fe en torno a santuarios, fiestas religiosas, devociones domésticas casi en forma independiente de la jerarquía eclesiástica<sup>2</sup>. Asimismo, al interior del protestantismo en 1909 irrumpe una expresión de religiosidad popular como fue pentecostalismo que en los sectores marginales durante el resto del siglo XX fue una alternativa religiosa para los pobres. Aspecto ampliamente argumentado desde las ciencias sociales e historia de las religiones. Esta situación del catolicismo, aunque se mantuvo hasta los años 60 en su interior a partir de los años 30 a nivel internacional y local surgen tantas voces como movimientos que unidos a factores externos estimulan su renovación como lo fue el Vaticano II y la II Conferencia del CELAM en Medellín en 1968.<sup>3</sup> Los grupos católicos más conservadores les incomodaba el diálogo con los grupos más progresistas, acusando un cierto desviacionismo en la interpretación de la Doctrina Social de la Iglesia, y un abierto rechazo a una nueva teología que presentaba una opción preferencial por lo pobres. Consecuentemente, aquí se busca examinar y discutir las relaciones entre el poder religioso y poder temporal, en el contexto de la modernización de mediados del siglo XX.

Se debe precisar que el catolicismo siempre fue un actor gravitante en el escenario de la historia de Chile, asumió la defensa de los valores tradicionales, se identificó con la derecha más conservadora y tuvo una presencia activa en los hitos más importantes de la sociedad chilena. Sin embargo, el catolicismo de mediados del siglo XX es un fenómeno complejo, que no se percibe estático en el tiempo sino dinámico y heterogéneo.

No abundan los estudios críticos sobre el devenir de la Iglesia Católica chilena antes de la Vaticano II, (1930-1960) pese a su rol destacado en la formación cultural y religiosa de la sociedad chilena. Gracias a las raíces en los movimientos bíblico, litúrgico y ecuménico que desde

al gobierno, sino que también disminuían la influencia de las clases alta que hasta entonces tenían el control. Estos últimos, mayormente, grupos conservadores asociados con la religión católica, ofrecían soluciones caritativas para asistir a los empobrecidos, actividad social que no involucraba una intervención activa y/o prominente por parte del Estado. Es así que la autoridad política tuvo una actitud secundaria, de garante del orden social, y solo debía intervenir cuando las autoridades civiles no tenían éxito. Por consiguiente, el catolicismo, como un ente religioso caritativo tenía la obligación de responder a las demandas de los trabajadores, pero sin alterar la situación actual de la cual formaba parte.

2 Según Salinas, estas tradiciones adquirieron un fuerte arraigo popular a partir de la segunda parte del siglo XIX.

3 Una de ellas fue la figura del Padre Alberto Hurtado y la publicación en 1941 de su libro: ¿Es Chile un País Católico?

principios del siglo XX han dado pasos significativos en la renovación pública y privada, hoy se dispone de fuentes críticas del periodo pre Vaticano II sin un análisis sociohistórico (Berríos, 2009; Botto, 2018; Fernández, 2016; Rudere, 2023; Sánchez, 2017). Sí, abundan las obras descriptivas dentro del marco conceptual condescendiente con la tradición católica dominante (Larios, 2017; Rico, 2013; Sánchez, 2017). Asimismo, están los estudios que revisan cómo se conforman las relaciones de poder al interior de la Iglesia analizando su relación con las instituciones públicas y laicas. De igual forma, se deben considerar los estudios que abordan estos temas desde la teología histórica, que dan cuenta cómo la teología y la espiritualidad se entremezclan con intereses políticos y justicia social (Berríos et al., 2009; Ochagavía, 2012, pp. 21-33;). Igualmente, están las obras sobre laicismo, pensamiento e ideas humanista-cristiano, religiosos popular, pero en especial aquella que tiene una connotación política tendientes a neutralizar el pensamiento de izquierda en el marco de las tensiones que primero genera la Cuestión Social, luego la Guerra Fría o la "amenaza comunista" (Botto, 2008; Brahm, 2018). Por tanto, el objetivo de este artículo es contribuir al debate historiográfico desde la sociohistórica, en el campo de los estudios que plantean las relaciones entre religión y política o poder religioso y poder temporal, en el contexto de la modernización entre los años 1930 y 1960.

## MATERIALES Y MÉTODOS

Para los propósitos de nuestro estudio, se ha considerado meritorio una mirada crítica de la Iglesia Católica entre los años 30 y 60 en especial en su conexión con los distintos grupos o clases sociales del país. Por consiguiente, el artículo presenta como estrategia metodológica los planteamientos de la sociohistoria. El análisis de los aspectos concretos de esta complementariedad permite explorar la cuestión de la interdisciplinariedad. Pues, la sociohistoria como método de investigación busca revelar la historicidad del mundo actual para llegar a comprender más cabalmente el peso que tiene el pasado en el presente (Noiriel, 2011, p. 9-10). Además, analiza las relaciones de dominación que se generan en las sociedades que viven los cambios de la modernización y sus mecanismos burocráticos. Se trata de un método que mezcla, que permite al investigador elaborar una mirada reflexiva sobre la génesis de las categorías y prácticas sociales oficiales o informales (Pasquali, 2018). Por su parte, se trata de advertir no solo el pasado del presente, sino también el pasado del pasado, considerando las asimetrías de poder y las luchas entre los distintos actores sociales. La metodología de la sociohistoria hace referencia al carácter conflictivo de las relaciones que se establecen entre los

sujetos en la sociedad, considerando que en la historia de la humanidad han existido siempre enfrentamientos y rivalidades por el poder, sea económico, político o religioso. Los conflictos traspasan las relaciones de poder entre los diversos actores que componen la sociedad. Estas transformaciones se evidencian como lo explica Noiriel (2011, pp. 7-13) a través de tres categorías; la dominación social, la solidaridad social y el orden simbólico. La primera, se ejerce a través de las técnicas burocráticas de las instituciones sobre los individuos en donde los dominadores exigen total obediencia a los dominados. La segunda, es donde las relaciones de poder se plasman por acciones a distancia como instrumentos de acción colectiva, situación que permite formar grupos para ejercer presión, sea para imponer o solicitar una demanda. La tercera, se expresa en el lenguaje, poder que se ejerce por medio del discurso, los que poseen el lenguaje son los que definen identidades, normas y obligaciones que se imponen a los otros participantes de la sociedad Noiriel (2011, pp. 9-10). En definitiva, la reflexión sociohistórica analiza las diversas formas de relaciones de poder, es decir, permite evaluar críticamente las estructuras de poder y las desigualdades sociales para una mejor comprensión de la historia y la sociedad.

Las fuentes a consultar que han parecido adecuadas son los escritos del historiador y teólogo Maximiliano Salinas, en especial su libro *Historia del Pueblo de Dios en Chile* y el capítulo: "Análisis de los votos de los obispos: Chile" publicado en el libro: *Cristianismo e iglesias de América Latina en vísperas del Vaticano II* (Salinas, 1992). El otro el libro que se cita es: *¿Es Chile un país católico?* del Padre Alberto Hurtado publicado en 1941. Estas obras mencionadas constituyen la base de nuestra reflexión.

## RESULTADOS Y DISCUSIÓN

### Los contrastes eclesiales y el nuevo compromiso social católico

Hacia los años 30, el movimiento obrero de tipo contestatario, conducido por líderes populares, desata la reacción del catolicismo tradicional, pues este, rompe las bases del proyecto político religioso de la nueva cristiandad pactada entre la jerarquía eclesial y la oligarquía. Tempranamente, el clero católico califica de desquiciado el accionar del movimiento obrero, pues el sometimiento político religioso de las clases bajas se rompe de un modo amenazante (Salinas, 1987). Así, el socialismo se constituye en el pecado supremo de la nueva cristiandad sustentada por el catolicismo romano. "Los primeros 30 años constituyen un tiempo de transición en el que las clases medias hacen su aparición como fuerza política y la cuestión social se convierte en un tema central"

(Larraín, 2001, p. 97). Por tal razón, y en respuesta al movimiento obrero, la Iglesia Católica promueve la formación de organizaciones paralela al movimiento contestatario laicas entre los obreros y la clase media, agrupaciones controladas celosamente por la jerarquía eclesial “la **Acción Social Católica** no debe cuestionar en ningún caso la organización social vigente y así oponerse terminantemente a las posiciones socialistas” (Salina, 1987, p. 203) lo que explicita ser una entidad esencialmente conservadora y comprometida con las clase dominante. En este periodo nace la Acción católica, la Unión de Centros de la Juventud Católica, la Unión Católica e Obreros y Empleados de Chile, entre otros. Pero, en las décadas siguientes en su interior surgieron voces que invitaban a la jerarquía a replantear su rol en la sociedad chilena, pues el país empezaba a vivir una nueva etapa de su historia, tanto por la estabilidad política a partir de 1932 como por el ascenso al poder del Frente Popular en 1938 y que inicia la era radical. Según Larraín, el triunfo del Frente popular consolida en definitiva la derrota política de la oligarquía e impulsara políticas de industrialización sustitutivas de importaciones. El poder de la oligarquía terrateniente comienza a desmoronarse como consecuencia de la declinación de la economía exportadora, que fue acelerada por la Primera guerra mundial y la Gran Depresión de 1930 (Larraín, 2001, pp. 97-98).

Agotada la hegemonía conservadora por la crisis de la oligarquía de los años 1930, al interior de la Iglesia Católica nacen importantes esfuerzos para enfrentar la creciente crisis, por una parte, y los avances de los movimientos sociales por otra. Estos esfuerzos resultan limitados por no poder ejercer críticas a fondo al modelo de Cristiandad, más bien trata de renovarlo. Las modernizaciones de fines del siglo XIX tienen una consecuencia no deseada para los mentores de la élite: la aparición de una “cuestión social”, que amenazaba con sumir al país en una revolución, comandada por el movimiento obrero (Salazar y Pinto 1999, p. 117). En opinión de Maximiliano Salinas, limitaciones históricas y sus “fundamentos sociales e ideológicos” como el constituirse a partir de una élite de clase media sustentada en “corpus” de la llamada “doctrina social de la iglesia” creada por la sociedad capitalista desde León X III con *Rerum Novarum* en adelante y la imposibilidad de poder identificarse con el movimiento popular, más bien trato de distinguirse (Salinas, 1987, p. 206). Estos nuevos bríos como el “catolicismo social” Salinas los describe en los siguientes términos:

El catolicismo social chileno ha de ser considerado como un significativo y necesario momento en la Iglesia del siglo XX, llevado a cabo con esfuerzo y coraje durante medio siglo, que significó asociar a la Iglesia, jerarquía

y laicado, con las luchas democráticas del pueblo chileno, y trascender los marcos tradicionales del sistema feudal, en crisis creciente. Para los efectos de la comprensión histórica global de este gran momento de la Iglesia Católica chilena distinguimos dos figuras, a nuestro juicio, fundamentales. En un primer momento, la figura del Cardenal José María Caro, y, después, la del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Siendo la sede romana un protagonista eminente de este proceso, el catolicismo social que describimos transcurre, en lo esencial, desde el pontificado de Pío XI al de Pablo VI. (Salinas, 1987, 1987, p. 207).

El catolicismo social chileno fue un conjunto de iniciativas tendientes a desbloquear la influencia conservadora en la Iglesia chilena, “de restar su poder político y de movilizar al laicado a través de la Acción Católica, fundada en 1931”. La Acción católica comienza a ser planteada en paralelo con el término de la controversia sobre la intervención de la Iglesia en la política partidista y sobre la separación constitucional de la Iglesia y Estado. La fundación de la Acción Católica chilena responde a una necesidad de levantar una alternativa a los partidos políticos en cuanto a actividad orientada al bien social, disponible para católicos comprometidos. La figura ejemplar en los años 30, 40 y 50 fue José María Caro, “un eclesiástico secular de origen campesino, distante por esencia, del mundo aristocrático y señorial que dominaba a la Iglesia conservadora” fue nombrado Obispo de la Serena en 1925, y Arzobispo de Santiago en 1939 y Cardenal en 1945. “Su propio nombramiento como Arzobispo de Santiago causó tal malestar entre los círculos oligárquicos de la Iglesia, que éstos enviaron una comisión a la Santa Sede para que desistiera del nombramiento” (Salinas, 1987, p. 207). Desde principios de siglo Monseñor Caro tuvo una simpatía evidente por un catolicismo social. Era de la opinión, que “la Unión Católica, una destacada organización del laicado, debe encaminarse explícitamente a la fundación de asociaciones obreras. Fue un ferviente impulsor de homologar experiencias observadas en sus estadías en Europa de crear un partido “social católico y popular” en especial el modelo belga. Con esta motivación, el Obispo Caro impulsa la creación de la Falange Nacional en 1947 pese a las críticas del sector conservador de la Iglesia. “La Falange fue acusada ese año de colaborar con el Partido Comunista. Dirigentes políticos del catolicismo social, como Bernardo Leighton o Radomiro Tomic, resultan acusados de entablar relaciones amistosas con el Partido Comunista” (Salinas, 1987, p. 207). Durante plena era radical causa sensación una entrevista en que, junto con apoyar al Frente Popular, defiende ardorosamente las luchas sindicales del pueblo, sostiene enfáticamente que los sindicatos son arma en manos del

trabajador. Y da fe que la necesita tantas veces, a causa de la ceguera capitalista.

Fue así como el Cardenal Caro apoyo explícitamente en 1954, “la huelga de los sindicatos campesinos de Molina inspirada por el Obispo Manuel Larraín y la ASICH, organismo católico promovido por el jesuita Alberto Hurtado”. La Santa Sede respalda permanentemente a Caro. La misma decisión de hacerlo Cardenal Primado de Chile, demuestra toda la confianza que depositaba en el anciano campesino, la Sede Apostólica (Salinas, 1987, p. 208). El Padre Alberto Hurtado, cuestiona de manera radical el sistema capitalista, reflexiona extensamente sobre el sindicalismo como instrumento de defensa e identidad de los obreros; aunque no aprueba la lucha de clases. Se debe consentir que el pensamiento social cristiano ha tenido una influencia significativa en el progreso de Chile, gracias al padre Alberto Hurtado, quien transfiere la perentoria necesidad de la acción social en la construcción de un mejor Chile para todos. “La actitud del católico en materia social debe ser la de luchar en primera fila, y esto no es por miedo al comunismo, sino por amor a Cristo y a los hombres, sus hermanos. Aunque no hubiese nacido Karl Marx ni Lenin, aunque Rusia estuviera bajo el régimen de los zares, si hay un pobre que sufre injusticias, tengo la obligación con él” (Hurtado, 2011a, p. 59).

El padre Alberto hurtado fue un cristiano comprometido con la justicia social y un gran observador de los problemas de la sociedad.

Una sociedad que no respeta al débil contra el fuerte, al trabajador contra el especulador; que no puede reajustarse constantemente para repartir las utilidades y el trabajo entre todos, no permite al hombre corriente una vida moral. Tal sociedad está en pecado mortal. No basta llamar a algunos amigos de buena voluntad para ponerlos en vías de solucionar algunos problemas; hay que cambiar la organización social. (Hurtado, 2011b, 116).

En ese mismo espíritu, el Cardenal Caro apoya a las luchas de los más desposeídos que hacen de él la figura histórica del momento y de la constitución del catolicismo social chileno, en las décadas de 1940 y 1950. El movimiento social católico, como tal, fue impulsado por una élite de profesionales *letrados*, de clase media, universitarios. Los profesionales católicos que hacen historia primero en dar vida a la Falange y luego a la Democracia Cristiana resultan Eduardo Frei y Bernardo Leighton, ambos estudiantes de Derecho de la Universidad Católica. La Santa Sede mira con buenos ojos la evolución de la Falange Nacional como una efectiva contribución para alcanzar las metas del catolicismo social en Chile. Es así que publicaciones

cercanas al Vaticano elogian, en 1948, la revista de los social-católicos: “Política y Espíritu”. Más tarde, en 1965 Pablo VI expresa su admiración por el programa presidencial de la Democracia Cristiana (audiencia de Pablo VI y Eduardo Frei. Según Salinas, este movimiento tuvo:

sus asesores espirituales en la persona de sacerdotes de familias aristocráticas, con estudios superiores en Europa (Alberto Hurtado Cruchaga, Manuel Larraín Errázuriz, los más descollantes). Pues, la mentalidad social católica hacia 1950 arraigada en los sectores medios, admira la cultura universitaria. (Salinas, 1987, p. 210).

El Cardenal Caro fallece en 1958 y el papa Juan XXIII, nombra a Raúl Silva Henríquez arzobispo de Santiago en 1961 y Cardenal en 1962. El período que va desde 1959 a 1973 fue el momento de expansión del catolicismo social chileno. En una intervención titulada: ‘Iglesia, sacerdocio y política’. El Cardenal Silva Henríquez, sostiene que la Iglesia no se desvincula de la política, sino por el contrario, se muestra atenta y participativa frente a las circunstancias de cambios que vive el país, un cristiano -dice- no deja de ser ciudadano. Sin lugar a duda, la figura más extraordinaria y dramática del catolicismo social en este período fue el Cardenal Raúl Silva Henríquez, En esta fase “el catolicismo social entrega sus mejores frutos, y, al mismo tiempo, revela sus insuficiencias y sus limitaciones junto al ascenso y posterior derrota del movimiento popular chileno a partir de 1973 con el advenimiento del Golpe Militar (Salinas, 1987, pp. 211-214).

### La Iglesia Católica pre Vaticano II

Para el presente estudio es de vital importancia disponer de una aproximación crítica sobre el funcionamiento, orientación y opción de la Iglesia Católica en los años previos al Vaticano II. El teólogo Juan Ochagavía participante del concilio vaticano II, comenta que entre los años 1930 a 1960 se vivía en la Iglesia una tensión dolorosa y a la vez esperanzadora. Por una parte, se veía una Iglesia desconectada del mundo, poco sensible a los signos de los tiempos, alejada del pensamiento moderno, su cultura y filosofía. La pastoral no se tiene en cuenta y los protestantes eran contados entre los adversarios. Por los años 30 al 50 la Iglesia no ha desarrollado renovaciones bíblicas ni ecuménicas. Esto cerraba las puertas al diálogo con las ciencias. Pero, por otro lado, los brotes renovadores comenzaban a verdear por todos lados, por ejemplo, la acción católica y la *nouvelle théologie* (Ochagavía, 2012, pp. 17-19). Paralelamente a este análisis, ocurre en la época analizada, un explosivo crecimiento que el movimiento pentecostal que viene desde 1932, y 1960 parece ser su cúspide, especialmente por ocurrir en los sectores marginales de la sociedad chilena. Para el objetivo

perseguido en el presente análisis, se considera valioso el capítulo de Maximiliano Salinas: "Análisis de los votos de los obispos: Chile" en libro Cristianismo e iglesias de América Latina en vísperas del Vaticano II publicado en 1992 (Beozzo, 1992, pp. 121-143)

Salinas, en un preámbulo sobre la respuesta a la pregunta ¿Cuál era la situación de la Iglesia Católica en 1960 y en la proximidad del Concilio Vaticano II?, hace un análisis de la Iglesia Católica en los sectores populares más desfavorecidos tanto rural como urbano y llega a conclusiones desgarradoras. Aspecto que resumidos a continuación:

**Un gran abismo en Chile entre ricos y pobres:** Este abismo hacia 1960, lo explica citando a un jesuita, sociólogo de New Orleans Joseph Fichter, quien escribió: "Chile es un país donde la profecía de Marx sobre el distanciamiento de las clases se está realizando. La continuada concentración de la riqueza en manos de unos pocos va acompañada con el continuo empobrecimiento de las masas" (Fichter 1962, p. 19). Para reafirmar lo anterior Salinas emite el juicio siguiente: "Ricos y pobres pasaban a ser dos razas humanas, cada vez distantes" (1992, p. 122) luego menciona al economista Jorge Ahumada y su libro: "En vez de la miseria" publicado en 1958, que cita así:

Llama la atención la actitud despectiva y protectora con que las personas de posición social tratan a los pobres y el odio con que los pobres responden al desprecio de los ricos. Ambos, pobres y ricos, no parecen ser miembros de un solo grupo humano. (Ahumada, 1958, p. 49).

**Una Iglesia Católica completamente ausente y distante de los sectores populares:** Es una iglesia con una jerarquía constitutiva de la oligarquía, es decir el clero estaba situada eminentemente "en el mundo de las élites privilegiadas, sus miembros "no" desempeñan formas satisfactorias de "atención religiosa" para las clases populares. En el ámbito rural se expone:

Dado el carácter paternalista del sistema de fundos, es muy difícil para un sacerdote... llegar a los obreros si el patrón no demuestra algún interés activo. Los resultados de esta situación son aterradores. Muchos fundos... están abandonados en el aspecto religioso. Además, de la ignorancia de los puntos más fundamentales de la doctrina... no es extraño encontrar fundos en que el 60 o 70% de las parejas viven juntas sin estar casados por la Iglesia, y donde niños que ya trabajan no han sido bautizados (Salinas, 1992, p. 124).

En atención al ámbito urbano, y con las nuevas concentraciones urbanas de los pobres, la situación no parece más alentadora. Agregaba el sacerdote estadounidense:

El católico de las *callampas* rara vez viene a la iglesia, se avergüenza de su pobreza, y sobre todo no está educado, nunca ha ido a la parroquia, es preciso ir a buscarlo, la única religión que ha conocido es la recibida en el fondo. Por lo tanto, se queda en su choza, y, en muchos casos, no tiene auxilios religiosos (McGrath, 1959, p. 553).

Era evidente que la "institucionalidad jerárquica se identificaba fundamentalmente con la clase dominante, oligárquica, capitalista". Sin embargo, este clero católico que provee sin contrapeso de esa élite privilegiada, atravesaba por una crisis creciente.

Entre 1945 y 1954, hubo en el país 38 jóvenes obreros que quisieron seguir la carrera sacerdotal; de ellos, sólo ocho alcanzaron a ser ordenados. El clero carecía de prestigio social y, al parecer, era una élite apartada de su mundo circundante. Hacia 1960, el clero era una minoría bastante pequeña. En promedio se daba un sacerdote regular por 4.961 habitantes, y un sacerdote secular por cada 9.209 habitantes. Para los 7.200.000 habitantes católicos del país en ese año había solamente 549 parroquias. El laicado "militante" (integrado a la estructura eclesiástica) lo conformó, ante todo, la Acción Católica (AC), organizada principalmente entre las élites ilustradas de los colegios, las universidades o las profesiones. Estas élites comenzaban, progresivamente, a despertar en su "sensibilidad social". (Salinas, 1992, p. 123).

**Los pobres se amparan en la religión popular y emigran al pentecostalismo:** para ese entonces los sectores marginales buscan vivir su fe cristiana en torno a la religión popular, asimismo, un porcentaje importante abandonan el catolicismo para unirse al protestantismo, pero en forma muy especial al pentecostalismo. La ausencia de la Iglesia Católica en los sectores populares facilita y adecua la aparición de las comunidades pentecostales en el mundo de los pobres; ejemplo en las provincias de Curicó o Maule. En 1957 Humberto Muñoz se lamentaba diciendo:

Aún provincias tan catoliquísimas como Colchagua tienen un aumento (entre 1940 y 1952) del 181%, todo lo cual indica que el catolicismo de los campesinos no es tan fuerte como se piensa, y que el edificio mismo ya está agrietado. (Muñoz, 1956, pp. 30, 54).

Igualmente, otras zonas de alto índice protestante resultan las provincias de Cautín y la zona minero-industrial de Concepción. "Efectivamente, el edificio de la Iglesia Católica la cruzaba grietas profundas... la expansión de las iglesias evangélicas entre las clases populares contenía una carga de conflictividad de clases en oposición al catolicismo privilegiado" (Salinas, 1992, p. 126). En



conexión a esta apreciación, Monseñor Bernardino Piñera (1961) señalaba:

El carácter de religión de los pobres que tiene la mayor parte del protestantismo chileno, tiende a hacer oposición de la Iglesia Católica, la religión de los ricos, la de los patronos, la que reconocen las autoridades, la que recibe subvenciones del Gobierno..., etc., y hay imagen de lucha de clases en el pentecostalismo chileno, que se traduce en su izquierdismo político, y lo hace acercarse por distintos conductos al marxismo, con ser éste la antítesis de su posición religiosa. (p. 12).

Para la Iglesia jerárquica, las clases populares en 1960 son fundamentalmente ignorantes en materia religiosa. Las clases populares, por su parte, tienen conciencia cabal de la Iglesia Católica se identificaba con la clase dominante. La religión *eclesialística* era la religión de la burguesía, y ello las hacía marginarse de su esfera de influencia, especialmente si cobraba mayor conciencia de clase.

El catolicismo popular, siempre ha sido un espacio conflictivo y contradictorio con los patronos religiosos dominantes de las élites eclesialísticas. En los años cincuenta estas élites persiguen algunas expresiones del catolicismo popular, acentuando así la distancia con los pobres y de éstos con respecto a la Iglesia. Los versos siguientes son frutos de una pesquisa folklórica de la época donde se revela la queja de los pobres:

“Conozco mi religión,  
canto por buenas lecturas,  
¿será que el cura de aquí  
no lee las Escrituras?  
Él no se guía por eso,  
en mi voz el pecho asoma,  
no se guía por Jesús:  
sólo por el papa ‘e Roma”  
(Salinas, 1987, p. 233)

Esta forma de expresión oral y popular de los años cincuenta recurre, (el pueblo) a despecho de la ortodoxia clerical, a argumentaciones de tipo protestante o socialista “heréticas” según el discurso católico oficial, algo trabajados con amplitud desde los estudios de la religiosidad popular.

**Grietas en la Iglesia por el ascenso de la Democracia Cristiana en los sectores medios y profesionales:** En la Iglesia se agudiza una fuerte contradicción internas que puso en jaque su unidad institucional: fue el ascenso de

la corriente de la Democracia Cristiana. Lo que acentúa más las dificultades fue el crecimiento y éxito electoral en especial entre los medios católicos no-oligárquicos desde los años veinte y que había provocado el quiebre del Partido Conservador en los años treinta y ahora, a fines de los cincuenta, se levantaba como Partido Demócrata Cristiano. A lo anterior, se suma la presencia del pentecostalismo que: “rompió la unidad católica del país en las bases populares, y la Democracia Cristiana pasaba a romperla sobre todo en los sectores de clase media, o profesionales, asunto que alarmó sobremanera a las autoridades eclesialísticas conservadoras” (Salinas, 1992, 127).

La propuesta política e ideológica de la Democracia Cristiana que presentaba a la ciudadanía en lo sustancial era: atender y resolver los desequilibrios introducidos en el país por la expansión capitalista: las desigualdades e injusticias sociales deben resolverse mediante una cooperación progresista con los Estados Unidos. En lo fundamental, este era en 1959, el pensamiento de sus líderes como Eduardo Frei o Patricio Aylwin, presidente entonces del Partido Demócrata Cristiano. Hacia 1960 la decadencia política de los conservadores se fue haciendo cada vez más manifiesta (de los 28 diputados que obtienen en 1957, retienen únicamente 18 en 1961), y esto abre paso a la irrupción de la Democracia Cristiana entre las masas católicas chilenas (Salinas, 1992, p. 127) Al final, Salinas (1992, p. 127). concluye que “las importantes transformaciones históricas operadas desde los años veinte por la expansión capitalista estadounidense, fueron poniendo en crisis la presencia y el rol tradicional de la Iglesia Católica ligada a las élites oligárquicas dominantes” Por su parte, y cita:

desde los sectores marginales y clases trabajadoras se operó el éxodo al protestantismo, y desde las clases medias (profesionales) el éxodo a la Democracia Cristiana: dos “herejías” para la conciencia conservadora, que colindaban con el comunismo, enemigo principal entonces de Occidente, y de todo orden posible. (Salinas, 1992, p. 127).

## CONCLUSIONES

Los grupos conservadores relacionados con una élite de derecha muestran una profunda incomodidad ante la irrupción de grupos católicos más progresistas y otros movimientos sociales, acusando un cierto desviacionismo en la interpretación de la Doctrina Social de la Iglesia, y un abierto rechazo a una nueva teología que se inclinaba a favor de los más pobres. Los actores sociales que oponen, en ese entonces, en tensión la posición de poder de los sectores conservadores del catolicismo

tradicional, fue el movimiento obrero y una emergente clase media que visibiliza la cuestión social. A eso hay que sumar el agotamiento de la hegemonía oligárquica y la aparición de un catolicismo social comprometido con la equidad y justicia social. La relación de este catolicismo social con la política se sintetiza en una Falange y luego en la Democracia Cristiana, cercana a importantes referentes de este evangelio más social como Alberto Hurtado y Manuel Larraín. Paralelamente, si bien la religión popular fue una alternativa de los sectores marginales para celebrar su fe, aun así, hubo otras alternativas, como por ejemplo el pentecostalismo que se vuelve una opción fundamental para aquellos fieles que eran excluidos de su fe por parte de un sector más empobrecido y olvidado por una iglesia asociada a los más grupos más poderosos.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahumada, J. (1958). En vez de la miseria. Editorial del Pacífico. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9773.html>
- Berríos, F. (2009). Manuel Larraín y la conciencia eclesial latinoamericana. Visión y legado de un precursor. *Teología y Vida*, 50 (1-2), 13-40. <http://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492009000100004>
- Beozzo, J. (1992). *El Cristianismo e iglesias de América Latina en vísperas del Vaticano II*. DEI.
- Berríos, F.; Costadoat, J.; García, D. (2009). Catolicismo Social Chileno. Desarrollo, Crisis y Actualidad. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Botto, Andrea (2008). Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia. *Teología y Vida*, 49(3), 499-514. <https://www.scielo.cl/pdf/tv/v49n3/art19.pdf>
- Brahm, E. (2018). ¿doctrina social de la iglesia o liberalismo?: Síntomas de división en el Partido Conservador entre los meses finales del gobierno de Ibáñez y la República Socialista de 1932 en la prensa conservadora. *Teología y Vida*, 59(3), 431-460. <https://www.scielo.cl/pdf/tv/v59n3/0717-6295-tv-59-03-0431.pdf>
- Fichter, J. H. (1962) *Cambio social en Chile*. Centro de Investigación Sociológicas Publicaciones (1), 19. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58828/52020>
- Fernández, M. (2016). Cambio histórico, sociedad secular e Iglesia. Interpretaciones del mundo católico ante un contexto de transformación. Chile, 1960-1964. *Teología y Vida*, 57(1), 39-65. <http://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492016000100002>
- Hurtado, A. 1941 ¿Es Chile un País Católico? Editorial Splendor. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7946.html>
- Hurtado, A. (2011a). La iglesia ilumina la misión social 1945, en Un fuego para la Universidad, páginas escogidas de San Alberto Hurtado, PUC. pp. 57-59.
- Hurtado, A. (2011b). Desordenes en las estructuras sociales 1948, en Un fuego para la Universidad, páginas escogidas de San Alberto Hurtado, PUC, pp. 115-117.
- Larios, G. (2017). “Nuevos vientos en la Iglesia Católica. El Padre Hurtado y Monseñor Manuel Larraín”. En: Marcial Sánchez, *Historia de la Iglesia en Chile, Tomo V. Conflictos y esperanzas. Remando mar adentro*. Editorial Universitaria, pp. 27-59.
- Larraín, J. (2001). Identidad Chilena, ed. LOM.
- McGrath, M. (1959). Problemas de Chile. *Mensaje* (8), 355-6.
- Muñoz, H. (1956). Sociología religiosa de Chile. Ediciones Paulinas. <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/45942/1/208271.pdf>
- Noiriel, G. (2011). Introducción a la sociohistoria. Siglo XXI.
- Ochagavía, J. (2012). Gloria a Dios en el Concilio Vaticano II, Ediciones Revista Mensaje.
- Piñera, B. (1961). La Iglesia chilena en medio de las corrientes ideológicas actuales. *Pastoral Popular*, (66), 3-14.
- Pasquali, P. (2018). Combinar etnografía y sociohistoria: de la unidad de las ciencias sociales a la complementariedad de los métodos. *Revista Colombiana de Antropología*. 54(1), 31-57. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105056206001>
- Ruderer, S. (2023). Los Discursos Católicos Sobre La Fundación De La Acción Católica En Chile Y Argentina. Un Análisis Comparado De “Horizontes De Expectativas” Distintos. *Historia* 396. Número especial 1, (13), 157-184. <https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/739>
- Rico, S. (2013). Hacia una perspectiva sociocultural de la historia de la Iglesia Católica en Chile: La Virgen del Carmen en el Sesquicentenario de la Independencia nacional(1968). *Revista De Historia*, 1(20), 67-79. <https://revistas.udec.cl/index.php/historia/article/view/4266>
- Salinas, M. (1992). Análisis de los votos de los obispos: Chile. El Cristianismo e iglesias de América Latina en vísperas del Vaticano II. (Editor José Oscar Beozzo). DEI.
- Salinas, M. (1987). Historia del Pueblo de Dios en Chile. Ediciones Rehue. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-60106.html>



Salazar G. Pinto J. (1999). Historia contemporánea de Chile II, ed. LOM.

Sánchez, K. (2017). ¿Acción católica o intervención social estatal? El rol del Estado en la resolución de la cuestión social según la Iglesia Católica chilena a inicios del siglo XX. *Revista de Historia y Geografía* (37), 67-92. <https://ediciones.ucsh.cl/index.php/RHyG/article/view/1073/1011>